Prosa sin rodeos

"Las Últimas Noticias" Stgo 8-IX-93.

No andaba con rodeos.

Brillante en el uso del idioma, lector sin renuncias ni debilidades.

Conversador y charlista en mil insólitas tertulias.

En el café Richi, entre la multitud de Huérfanos. En el antejardín de su pulcra casa de Cardenal Newman, en los aledaños del cerro Calán. En la pretérita y coloquial baranda del diario, en el casi ya mítico encuentro de Compañía y Morandé.

Escudriñaba la noche, desde los viejos tiempos en el barrio Bandera. Escribía ensoñaciones y quebrantos en servilletas, con el maestro de la amabilidad, Andrés Sabella. Y con Oreste Plath.

Desde entonces descubrió y amó a la poetisa Irma Isabel Astorga, quien le sobrevive en los faldeos de Lo Alvarado.

Hugo Goldsack Blanco era constructor de anécdotas: en algunos desafueros lingüísticos reclamaba porque su madre le puso un nombre que enganchaba en cacofonía con su apellido.

Armaba versos en las noches de Il Bosco y ante toda mujer que le abriese el pórtico para una entrevista exclusiva, la lectura de un documento confidencial o el anuncio de un discurso explosivo.

En nuestras primeras instancias aquí, nos recomendaba con sarcasmo casi imperativo:

—¡Flores, bombones y piropos para las secretarias!

Ellas, las portadoras de sigilos, le entregaban las llaves para hechos que se convertían en reportajes con su prosa solemne, entusiasta, llena de entreveros e infiltrada de desasosiegos.

Se cumplieron cuatro años desde su muerte.

Su hijo Iván lo recordó con afecto y nos trajo una voz de emoción de Irma Isabel.

Y ayer con el periodista Federico Gana —amigo desde el decenio del 60— añorábamos trasnochadas en uno de sus hogares, en la calle Nataniel.

Fiesta de embriaguez en tinto y en libros.

Hugo Goldsack se refugiaba entre ristras de obras de Sócrates, Balzac y grabados de Da Vinci, por sus aficiones de dibujante. Jamás pudo organizar su biblioteca, en ese altillo donde el ritmo se interrumpía sólo cuando protestaban los vecinos y acudían los carabineros. Lo envolvía la ola literaria y, exhausto, lo lanzaba a las playas de la madrugada. El necesitaba las ventajas de la cibernética.

Y —¡paradoja!— a las computadoras les faltan su talento y su exquisitez poética.

Fino en las costumbres verbales, sin embargo no entendía eufemismos: a la herramiento de cantero le llamaba pico y no picota; a la montaña de cumbre puntiaguda, pico y no el siútico picacho; a la pinza de las patas delanteras de un crustáceo de los mares del sur, pico y no picoroco.

Era un periodista sin rodeos.

Incluso en septiembre, el triste mes de su muerte.

Prosa sin rodeos [artículo] Enrique Ramírez Capello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Prosa sin rodeos [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile